

TRAUMATISMO EN EL VÍNCULO A PARTIR DE FERENCZI

Franca Paradisi

“Cuando el trauma impacta un alma y un cuerpo no preparado, es decir, sin que se haya hecho presente una contracatexia, entonces aquello actúa sobre el cuerpo y el espíritu de una manera destructiva, esto es fragmentándolos” (1932b, p. 133).

Todo el trabajo de Ferenczi se organiza en torno a sus reflexiones sobre el niño y el bebe, incluso cuando se trata de pacientes adultos. El, persistentemente ha hecho hincapié en la importancia fundacional del contexto mental y emocional que recibe al niño y de la influencia que esto puede tener en la evolución de la vida mental en desarrollo. Su interés se centró de un modo especial sobre la calidad de la relación hijo-progenitor, colocando en un primer plano el cuidado por la ternura, la cual es necesaria para el desarrollo sano de la personalidad. Con Ferenczi nos encontramos, entonces, de frente a una ampliación de la perspectiva de la teoría y tratamiento psicoanalítico con relación a la teoría freudiana clásica.

El mismo interés le dedicó a la calidad de la relación entre paciente y analista y al papel fundamental que, en el trabajo analítico, tiene la mente de este último. El ha argumentado insistentemente sobre la necesidad de que el analista se adaptase a las características de la persona, renunciando a la hipocresía profesional detrás de la cual se esconde “aquellas malevolencias que nosotros escondemos y que los pacientes sospechan en nosotros” (1931,

p. 71). Reconociendo el efecto traumático de la mentira en el niño y el peligro de que ello vuelva a ocurrir en la terapia, ha podido constatar, cómo el paciente puede llegar a creer que tiene que coludirse con la aparente bondad y benevolencia mostrada por el analista: “... poco a poco me he ido convenciendo de que el paciente tiene una sensibilidad extrema a los deseos, las tendencias, estados de ánimo, simpatía y antipatías del analista [...] en lugar de contradecirle, culparlo por sus equívocos y errores, ellos se identifican con él” (1932a, p. 92). De ahí la importancia que él concedía a la sinceridad del analista que, estaba dispuesto a reconocer en sí mismos el origen de las sensaciones desagradables y hablarlo con el paciente, “... se da cuenta, entonces, de todas las mentiras y la hipocresía que el paciente ha debido constatar alrededor de él en la forma de amor ostentoso o validado solo en palabras y de toda la culpa que se ha acumulado dentro de el mismo” (1931 p.71). La confianza derivada de la sinceridad establece, en su opinión, la diferencia entre el presente y el pasado, lo que permite el inicio del tratamiento y de la elaboración de aquellas situaciones traumáticas experimentadas más allá de la memoria

Por el contrario, la reserva fría y la hipocresía, juntas con la intrusión brusca y el fanatismo interpretativo del analista, determinar la misma confusión traumática inducida en el niño por los adultos que no entienden su lenguaje. Para evitar que esto ocurra, además de la sinceridad, es indispensable una actitud maternal y una escucha empática y humilde del profundo dolor que el paciente comunica: “El paciente, mientras dura el estado de trance, es realmente un niño que ya no reacciona a las explicaciones racionales, sino solo a la benevolencia materna. Si esto falla, se siente solo y abandonado y se precipita en una profunda desesperación, al igual que en la misma situación intolerable que en tiempo anterior provocó la escisión psíquica y la enfermedad mental” (1932 p. 95).

Así, Ferenczi sostiene una vez más, con determinación, que la importancia de la relación afectiva y de los sentimientos, es absolutamente esencial para una comprensión auténtica y transformadora que interrumpe la repetición de los eventos traumáticos.

En su modelo de desarrollo, el motor del crecimiento está dado por aquel impulso vital que viene del

profundo vínculo con una madre feliz de la existencia de su hijo y de su capacidad para establecer con él una profunda resonancia. Sentirse que se es deseado, es para el niño una experiencia infantil fundacional, es el sentimiento de existencia que surge como una sensación de ser para otro, incluso antes de que se manifieste como un sentimiento de sí mismo.

Ferenczi postula que el niño está involucrado desde el nacimiento en una relación primaria de amor objetal con su madre y que éste también está convencido de que el amor no es suficiente: “[...] pareciera que es mucho más fácil que el niño espontáneamente se deslice hacia la no-existencia [...] La fuerza vital que se resiste a las dificultades de la vida no es por lo tanto en sí misma tan grande al nacer “(1929 p.48). Pero esta se consolida si ocurre que la madre, más allá del cuidado normal, proporciona una cualidad del amor que él llama “ternura”: “El bebé utiliza toda su libido por su crecimiento, pero se le debe darle algo más para garantizarle un desarrollo regular [...] para el pequeño niño estar solo sin la protección de la madre o de un otro, es decir, sin una cantidad significativa de ternura, es una condición intolerable” (1932b p. 289).

La ternura es para Ferenczi una actividad específica de cuidado primario que señala esos momentos especiales cuando el niño es escuchado y reconocido en su particularidad. El niño del que aquí se habla, no es necesariamente un niño abandonado, lo es sólo porque carece de la sensibilidad de los adultos del que depende su existencia: “La persona del niño, todavía, tan poco consolidada, no tiene ninguna posibilidad de vida si el medio ambiente no lo sostiene en todos sus aspectos. Sin esta ayuda los diferentes mecanismos individuales orgánicos y psíquicos divergen y, al mismo tiempo explotan” (1932b, p. 317).

Ferenczi mostró por primera vez las consecuencias patológicas a las que se enfrentan los niños deprivados o sometidos a la “sutil intrusión del ambiente familiar”, y mostró cómo, con demasiada frecuencia, los adultos parecen no darse cuenta de la necesidad que la familia tiene con respecto a los primeros pasos en la dirección de la adaptación “El comienzo de la adaptación del bebé a la familia coincide con el inicio de una mejor comprensión de sí mismo por parte de sus padres [...] el primer error de los padres es el olvido de sus propias infancias” (1927a, p. 12).

Del mismo modo, poniéndonos en guardia de los peligros derivados de un exceso de conocimiento, Ferenczi insiste sobre la necesidad de que el analista sea analizado “profundamente” para poder entrar en contacto con los aspectos más ocultos de sí mismo, para alcanzar cierta “maestría de su contratransferencia “(1919a), sin la cual no es posible escuchar el sufrimiento del paciente. Su insistencia deriva del hecho de estar firmemente convencido de que ni siquiera el analista más competente está a salvo de cometer errores graves si no ofrece el máximo de su escucha y no elabora su propia contratransferencia.

En su artículo “El niño mal recibido y su pulsión de muerte”, Ferenczi se refiere a los hijos no deseados que han sufrido un doloroso rechazo por parte de sus padres, lo que apaga de tal manera su deseo de vivir, dando paso a un deseo de morir, de no estar allí. “[...] Los niños recibidos con dureza y sin afecto mueren fácil y voluntariamente, o mejor dicho, pueden utilizar uno de los tantos medios orgánicos para una muerte rápida” (1929 p. 47). El hijo no deseado o deseado impropriamente con fines egoístas, y por lo tanto, sin aquella inmunización contra el daño físico y psicológico que le proveería una adecuada atención cálida y amorosa, puede fácilmente deslizarse hacia una inexistencia o ausencia de fuerza vital. Se puede entonces comprender cómo el niño, en su debilidad, en su fragilidad puede sumergirse en la sensación de no existir hasta llegar a estar “fuera de sí [...] más allá del espacio y el tiempo” (1932b p. 84) También puede suceder que para existir para sus padres, el niño se adecue a sus expectativas, sobre adaptándose, y que acabe por desarrollar un sentido de existir sustitutivo.

La dificultad de ser, evidente en algunos niños portadores de patologías graves, es consecuencia -de acuerdo con Ferenczi- de las identificaciones patológicas que van desde el adulto al niño. Agresiones verdaderas y reales que cambian la vida mental del mismo. El “terrorismo del sufrimiento” del que él habla tiene que ver con situaciones en las que el niño se ve obligado a hacerse cargo de los conflictos familiares “[...] para nuevamente volver a disfrutar de la tranquilidad perdida y la ternura resultante” (1932a, p. 99). Una condición de este tipo se produce, por ejemplo, cuando una madre deprimida siente que su hijo existe solamente para compensar el sufrimiento que ella ha sufrido. Se trata de un comportamiento psicológicamente agresivo que lleva al niño a identificarse con el agresor sometiéndose a sus deseos y necesidades. Esto le permite asegurarse de que tiene alguna posibilidad de supervivencia y al mismo tiempo, para mantener una imagen suficientemente buena de ella. La identificación patológica a

través del cual el niño adquiere formas de vida que le impone una otra existencia, le permite por lo tanto, hacer frente a la patológica identificación de parte del adulto.

Ferenczi utiliza el término intropresión (Notas y fragmentos, 1932) refiriéndose a un tipo de actitud agresiva del adulto hacia el niño (y también del analista hacia el paciente) que despierta la culpa y, al mismo tiempo, descalifica y desmiente sus percepciones y representaciones, socavando su independencia de pensamiento y de sentimientos. Él, una vez más, ve esto en el modo de trabajar de algunos analistas con la misma actitud intrusiva, violenta y descalificadora, que viene a inducir en el paciente, la sumisión, la introyección de la culpa y la incapacidad para gestionar sus propios pensamientos.

Sin embargo, los padres que se preocupan por sus hijos, que los aman, que están atentos a sus necesidades, a sus dolores, pueden inducir, aun sin saberlo, una adaptación completa a sus deseos y a su voluntad. Se podría hablar de agresión hacia el niño cada vez que se induce, aun convencido de hacerlo bien, unos modelos que generan una precocidad excesiva en lugar de preservar su deseo de existir. Se trata de una usurpación de lo psíquico emergente donde las necesidades de los adultos prevalecen sobre aquellas del niño. El trauma resulta así en una respuesta inadecuada por parte de los padres frente a su propia impotencia, siendo algo que afecta a la constitución de su mente y que los mantiene en un estado traumático permanente.

El trauma que Ferenczi describe en su primer trabajo, en lugar de referirse a situaciones de seducción sexual y de abuso por parte de un adulto, descrita detalladamente más adelante en “Confusión de lenguas entre los adultos y los niños” (1932a), tiene más bien que ver con todas aquellas condiciones que implican formas de privación por exceso o por defecto que provienen de las características psíquicas y las actitudes emocionales de los padres. Las condiciones relativas a las zonas de sufrimiento narcisista impiden las elaboraciones de los conflictos edípicos y preedípico que conducen a una violación de la mente del niño”. [...] Se plantea entonces la cuestión de saber si el trauma original esta o no siempre relacionado a la relación original con la madre, y si el trauma de una época un poco “más adelante [...] podría tener un efecto similar en la ausencia de una preexistente cicatriz traumática primaria entre madre e hijo (1932b p. 150). Un Trauma, entonces, que se inscribe de hecho, en una experiencia con el objeto y que no se relaciona necesariamente con lo que pasó, sino con lo que debería haber sucedido y no sucedió (“omisión de contención”). Se trata de una experiencia dolorosa negativizante que implica una “automutilación” y “la repentina transformación de las relaciones de objeto, se vuelve imposible, en una relación narcisista” (Escritos póstumos, Reflexiones sobre el trauma, vol. IV p.108)

Al tratar con el trauma, Ferenczi está particularmente atento a la condición de desamparo y de dependencia del recién nacido, tanto como a la condición del adulto de quien incluye la miseria y la dinámica psíquica que los lleva a ser, a su vez, traumatizante con su hijo a través de las introyecciones forzadas de sufrimiento y dolor relacionado con el trauma sufrido en la infancia. Se trata de trasplantes extraños, que se hacen inaccesibles a la conciencia y la simbolización, debido a la disociación y la negación, “... vegetando durante la vida de una persona” (1932b) y que se transmiten secretamente de generación en generación.

Es indiscutible que las situaciones traumáticas relacionadas con los momentos de cambio y transición son parte de la vida de cada individuo, el trauma al origen de graves patologías es para Ferenczi algo más y diferente, proveniente de lo externo, que afecta a un ser privado de defensas que necesita el soporte de las funciones mentales y emocionales, capaces de promover el crecimiento y el inicio natural de la vida psíquica. Ya en 1908, en *Psicoanálisis y Pedagogía*, Ferenczi sostiene que “El actual modo de comportarse con los niños, la indiferencia con la que se los deja solos en la fase más aguda de su crisis, sin darle apoyo [...] es una verdadera crueldad” (pág. 39). El abandono emocional de parte de los adultos conduce a un malentendido que termina por invalidar su naciente sentido de la realidad. La falta de sintonía con las necesidades esenciales de su existencia psíquica, anula su valor como persona y produce una herida narcisista en el amor de sí mismo.

Para Ferenczi, las necesidades, los sentimientos y las emociones experimentadas y no verbalizadas, permanecen fijadas en el cuerpo y en la acción y conducen al niño a renunciar a la organización de su propia experiencia, y lo llevan a adoptar aquello que se le impone. La falta de una decodificación simbólica no le permite al niño reconocer sus propias necesidades, impulsos y emociones, incluso cuando no está obligado a desconocer que experimenta como una amenaza intolerable a aquellos que cuidan de él.

El organismo mismo y la propia mente pueden ser tratados como extraños y peligrosos, y por ello el

único anhelo es alcanzar, en casos extremos, una quietud absoluta parecida a la de la muerte. Una especie de suicidio psíquico, un morir de tristeza y de inexistencia debido a la insondable desconfirmación de la persona del niño realizada por los adultos.

Ferenczi, en su obra, había logrado observar como en los niños “no bienvenidos”, se activaba una “progresión traumática” del crecimiento que resultaba en una precoz adaptación hacia aquellos que se llamaban adultos. Una organización de defensa basada en la disociación entre mente y cuerpo, entre el pensamiento y la emoción, que los lleva a desarrollar la inteligencia y la sabiduría, “Uno se acuerda de aquellos frutos que el picoteo de un pájaro ha hecho madurar mucho más rápido y lo ha hecho más dulce” (1932a, p.98). La noción del bebé sabio: “una anomalía, detrás de la cual se oculta la pasividad infantil eliminada, así como la ira por la forzada interrupción: el peligro de muerte obliga a una maduración prematura” (1932a, p 259) y pone en evidencia la capacidad reparadora del niño que se ocupa de los problemas y de los fracasos de los adultos. “[...] Los niños que han sufrido mucho, tanto moral como físicamente, tienen una seriedad en el rostro y la tendencia a tener actitudes de protección maternas [...] de esta manera le ofrecen a los otros el conocimiento, dolorosamente adquirido de sus sufrimientos, y de este modo que se convierten en buenos y ayudadores “(1931 p. 74). La sumisión y la docilidad como forma de ser para los adultos por parte del niño y, al mismo tiempo, la insistencia del adulto de insistir en su propio lenguaje y su propio poder, determinan un vaciamiento y un empobrecimiento de su mente, controlada por la mente del progenitor que se ha posicionado dentro de él. Una dolorosa violación psíquica que le impide vivir una vida propia

Me gustaría terminar mi breve artículo con unas palabras de Franco Borgogno que me parece resumen claramente aquello que he tratado de decir con respecto a lo traumático según la perspectiva de Ferenczi.

“¿Qué cosa le sucede al niño que ha devenido adulto si el analista no comprende que, más allá de cualquier patología que él pueda expresar, su experiencia ha tenido que ver con el haberse convertido en un sobreviviente para poder existir, si bien no amado, por lo menos aceptado por unos progenitores que odiaban la vida y que estaban aterrorizados? [...] Creo que el niño dentro del paciente adulto [...] tiene absolutamente reconocida y validada la experiencia que sus progenitores han inoculado dentro de él en forma inconsciente, y sería un gran error atribuirle a él, aunque sea en nombre de la transferencia, la atmósfera mortal y mortífera, o quizás inquietantemente rebelde y perversa, que ciertamente propondrá al analista, para pedirle luego revivirla con él y. por esa vía recordarla y ponerla en palabras” (1999, p. 97/98).

REFERENCIA BIBLIOGRAFICA

- Borgogno F. Psicoanalisi come percorso, Bollati Boringhieri, 1999
- Faimberg H. Identificazioni inconsce incompatibili, in Borgogno, (a cura di), Ferenczi oggi, Bollati Boringhieri, 2004
- Frankel j. Identificazione con l'aggressore e “traumi normali” in Borgogno (a cura di) opera citata Ferenczi S. (1908) Psicoanalisi e pedagogia, Opere, vol. I, R. Cortina editore
- (1913) Introiezione e transfert, vol. I (1919b) La tecnica psicoanalitica vol.II (1923) Il sogno del poppante saggio, vol. III
- (1924a) Prospettive di sviluppo della psicoanalisi vol. III (1927) L'adattamento della famiglia al bambino, vo. IV (1928) L'elasticità della tecnica
- (1929) Il bambino mal accolto e la sua pulsione di morte, vol. IV
- (1931) Analisi infantili con gli adulti
- (1932a) Confusione di lingue tra gli adulti e il bambino, vol.IV (1932b) Diario clinico, Cortina Milano 1988
- Scritti postumi: Riflessioni sul trauma e Note e frammenti, vol. IV
- Haynal H. La rivoluzione del Wise baby, in Borgogno, (a cura di), opera citata Vallino Macciò D. e Macciò M. Il senso di esistere del neonato e l'attrazione fatale dell'identificazione, in Borgogno, (a cura di), opera citata.

Instituto de Desarrollo Psicológico. INDEPSI. LTDA.

ALSF-CHILE

